

Sabemos por experiencia que en la vida ordinaria no todo lo que sucede en nuestra presencia lo podemos ver ni oír, ni oler, debido a que nuestros sentidos tienen un límite de percepción y a que además existen circunstancias en que elementos ajenos a no sotros contribuyen a engañar nuestros sentidos.

La limitación de nuestros sentidos hoy se demuestra fácilmente: los rayos ultravioleta del sol queman terriblemente durante un día nublado de viento frío, de suerte que el que se expone a la intemperie por largo tiempo engañado por las apariencias que indican frescura, puede tostarse sin sentirlo. Las ondas sonoras de alta frecuencia ya no son perceptibles por el oído humano que tiene un límite; por lo que en ocasiones un animal doméstico puede acusar intranquilidad por lo que él ha oído sin que su amo haya escuchado nada: es que el poder auditivo del animal sobrepasa al del hombre. Ya es común el conocimiento del radar, invento que permite captar la presencia de objetos que se hallan fuera de la visión humana; este invento surgió por la observación de los murciélagos que en plena oscuridad se guían, no por la vista que resulta inútil por falta de luz, sino por el eco de sus silbidos, que en acción de regreso a ellos les muestran la proximidad o lejanía de un obstáculo a su vuelo.

De este modo queda demostrada la limitación de los sentidos y la posibilidad de ser engañado por ellos: el espejismo es un fenómeno de desviación de la luz que nos hace sentir que lo visto por nosotros se encuentra en una dirección que no es la verdadera. Cuando hundimos en el agua un palito, nos parece ver que éste se ha quebrado exactamente en la superficie líquida para tomar diferente dirección por debajo del agua.

Nuestros sentidos, pues, no son de fiar del todo. Hay a nuestro alrededor, aún en el ambiente material que nos rodea, cosas que no vemos, situaciones que no percibimos, sucesos que no podemos contemplar, y que porque no podemos ver todo, percibir todo, con templar todo, acabamos por decir que "no lo podemos entender".

No es del todo así: si pudiéramos captar con nuestros sentidos todas esas cosas y acontecimientos que se nos escapan, sí que podríamos "entender" mucho de ello, como lo entienden los científicos auxiliados por aparatos que les ayudan a percibir, y de este modo, cada vez se van entendiendo más y más cosas conforme se adelantan en la construcción de aparatos auxiliares.

Pues bien, eso sucede en nuestra vida ordinaria, ligada necesariamente al ambiente material que nos rodea. Pero existe también en la vida espiritual, sobrenatural, en la cual nuestros sentidos físicos son absolutamente inútiles porque no fueron formados para percibir sino lo material y físico.

De aquí que existan muchas personas que, queriendo llegar a percibir las cosas del campo del espíritu del mismo modo que las del campo material, al no poderlo hacer por medio de los sentidos, adopten la posición muy cómoda de negar que existan los valores superiores. Tales personas son los que se llaman "incrédulos". "racionalistas", etc., a todos los cuales es común el principio de que "solo creen lo que entienden", como si por el solo hecho de no entender una cosa ésta podiera dejar de existir.

En todas las épocas existieron personas que vieran las cosas, los valores espirituales, así Por otra parte, también existieron siempre los del otro extremo, los que, al no poderse explicar determinados hechos, los atribuyeron, cómodamente también, a un origen sobrenatural. Son los que se dicen "supersticiosos" "crédulos", para los cuales todo aquello que escapa al dominio del hombre es sobrenaturalizado con deformación de las ideas religiosas, dando origen a múltiples errores.

Entre estos extremos se encuentra la verdad de la vida espiritual, con presencia cierta de Dios entre los hombres, dispensando sus gracias, luces y motivación para que podamos avanzar por el camino de la perfección.

San Pablo recomienda a los corintios (2 Cor.5,6-7) que se mantengan "siempre llenos de buen ánimo, sabiendo que, mientras habitamos en el cuerpo, vivimos lejos del Señor, pues caminamos en la fe y no en la visión..." Esto es, que durante nuestra vida terrena solo contamos con los ojos de la fe para contemplar el misterio de Dios, mientras que viene esa otra vida en que el cuerpo ya no estorbará la visión beatífica. Del conocimiento por la fe nos dice que es conocimiento en ausencia, en tanto que la visión beatífica nos permitirá el conocimiento por la presencia divina.

La epístola a los Hebreos (12,14) hace un llamado a procurar conseguir obtener lo único necesario para llegar al conocimiento divino por la presencia: "Procurar la paz con todos y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor." Más aún, debemos procurar que esa santidad florezca entre nuestros hermanos, pues añade en seguida: (12,15) "Poned cuidado en que nadie se vea privado de la gracia de Dios; en que ninguna raíz amarga retoñe ni os turbe y por ella llegue a inficionarse la comunidad."

Cuánto importa, pues, la santificación de todos nosotros para llegar al conocimiento de los misterios de Dios.

Con todo, nuestro conocimiento de los misterios divinos a la luz de la fe, la esperanza y la caridad, durante nuestra existencia terrena, habrán siempre de ser imperfectos: (1 Cor.13,12) "Ahora vemos en un espejo, confusamente. Entonces veremos cara a cara. Ahora conozco de un modo imperfecto, pero entonces conoceré como soy conocido."

Con todo, Dios en su infinita misericordia de cuando en cuan-



"A la hora en que se presenta la ofrenda, se acercó el profeta Elías y dijo: 'Yahveh, Dios de Abraham, de Isaac y de Israel, que se sepa hoy que tú eres Dios en Israel y que yo soy tu servidor y que por orden tuya he ejecutado todas estas cosas. Respóndeme Yahveh, respóndeme, y que todo este pueblo sepa que tú, Yahveh, eres Dios que conviertes sus corazones.' Cayó el fuego de Yahveh que devoró el holocausto y la leña, y lamió el agua de las zanjas." (1R,18,36-38) El milagro es una realidad visible que suspende las leyes de la Naturaleza y que tiene como causa el Misterio del poder de Dios.

do hace que ocurra un hecho extraordinario que nos permite entre ver, percibir por nuestros sentidos físicos lo que de ordinario no percibimos. A estos sucesos extraordinarios les llamamos auténticamente "milagros".

De acuerdo con su Providencia, Dios siempre está actuando en la naturaleza por medio de las "causas intermedias" a las que nosotros solemos llamar "leyes de la naturaleza". Pero Dios puede también, y lo hace, actuar en forma directa.

MILAGRO es el efecto producido por Dios en forma directa sobre la naturaleza. No es necesario que exista un quebrantamiento de las leyes naturales; es un efecto producido independientemente de los poderes y de las leyes naturales, y de modo tal, que se puede concluir que Dios mismo, quien está más allá de las leyes de la naturaleza, es causa inmediata y directa de tal efecto por haber actuado en forma directa e inmediata.

Solo los milagros que se consignan en la Sagrada Escritura se consideran verdades de fe por el hecho mismo de estar consignados en ella.

Cristo prometió a sus discípulos la continuidad de los milagros en su Iglesia: (Jn.14,12) "Yo os aseguro: el que crea en Mí, hará él también las obras que Yo hago, y hará mayores aún, porque Yo voy al Padre." (es decir, por la intercesión que Cristo hará por nosotros delante del Padre).

La Iglesia Católica exhibe los milagros y seguirá exhibiéndolos. El católico está obligado a aceptar los milagros que la Iglesia exhibe; con todo, el carácter milagroso de cada acontecimiento debe ser acreditado con pruebas fehacientes.

Cristo nos dejó el don de hacer milagros no como parte de las funciones ordinarias de los ministros de su Iglesia, sino en función de señales sensibles que ayuden a fomentar la fe, concedidas a quienes tienen fe sólida: (Mc.16,17-18) "Estas son las señales que acompañarán a los que crean: en mi nombre expulsarán demonios, hablarán en lenguas nuevas, tomarán serpientes en sus manos y aunque beban veneno no les hará daño; impondrán las manos sobre los enfermos y se pondrán bien." Estos dones se encierran dentro de los dones llamados "carismas", término usado por San Pablo para denotar los poderes otorgados por Dios, ante todo para bien de otros, más bien que en provecho del que los recibe: (1 Cor.12,7-11) "A cada cual se le otorga la manifestación del Espíritu para provecho común. Porque a uno se le da por el Espíritu palabra de sabiduría; a otro, palabra de ciencia según el mismo Espíritu; a otro, fe, en el mismo Espíritu; a otro, carisma de curaciones, en el único Espíritu; a otro, poder de milagros; a otro, profecía; a otro, discernimiento de espíritu; a Otro, diversidad de lenguas; a otro, don de interpretarlas. Pero todas estas cosas las obra un mismo y único Espíritu, distribuyen



Y aquellos hombres, maravillados, decían: "¿Quién es este, que hasta los vientos y el mar le obedecen?" Los milagros realizados por Cristo son, ante todo, prueba fehaciente de su divinidad, sobre todo cuando aparece claro que no interviene en ello la correspondencia de voluntad humana posible, como cuando Cristo manda calmarse a los vientos y las olas.

dolas a cada uno en particular según su voluntad." Notemos dos cosas aquí: primera: el Apóstol atribuye al Espíritu Santo el reparto de los dones; segundo: todo don concedido es en función de servicio a la comunidad.

El otorgamiento de carismas no implica necesariamente santidad en la persona que lo recibe, ni es recompensa al mérito, sino que se otorga ordinariamente para que el individuo sea útil a la comunidad.

San Pablo enumera nueve carismas como hemos visto. Santo Tomás de Aquino los clasifica en tres grupos: los que miran al conocimiento de las cosas divinas; los que otorgan facultad para exponer la verdad divina; y el poder de obrar milagros.

Es verdad de fe que en la Iglesia existen los milagros y que la extensión de la Iglesia y la conversión de los hombres se han logrado acompañándose de los milagros: (Mc.16,20) "Ellos salieron a predicar por todas partes, colaborando el Señor con ellos y confirmando la Palabra con las señales que la acompañaban."

Tal como hemos dicho anteriormente, los milagros deben ser atribuidos correctamente a los méritos de Cristo, y así San Pedro lo hace notar a los judíos: (Hech.3,12-13) "Israelitas, ¿por qué os admiráis de esto? ¿Por qué nos miráis fijamente, como si por nuestro poder o piedad hubiéramos hecho caminar a éste? El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, el Dios de nuestros padres, ha glorificado a su Siervo Jesús, a quien vosotros entregásteis y de quien renegásteis ante Pilato cuando éste estaba resuelto a ponerle en libertad."

Al ocurrir el milagro no es preciso que exista un hecho contrario a las leyes naturales; puede ser que el milagro consista en que, en forma anormal o extraordinaria, las fuerzas naturales actúen, como puede ser la curación de un enfermo por medio de esas reacciones inesperadas del organismo y sus defensas; incluso puede ser que quien tenga el carisma de la curación simplemente realice la función de influir beneficiosamente en el organismo enfermo para que ocurran esas reacciones inesperadas.

Para que exista el milagro debe existir su evidencia por medio de los sentidos; esto es, que por medio de la vista, etc., ha de percibirse el milagro. De este modo, verdades de fe tales como la presencia real de Jesucristo en la Sagrada Eucaristía, no son milagros, por cuanto lo que ahí ocurre no es perceptible por medio de los sentidos. Es una verdad de fe, pero no milagro. Con todo, han ocurrido milagros eucarísticos por los cuales esa misma presencia real de Jesús en la Eucaristía ha sido contemplada por la mirada física de algunas personas favorecidas.

LOS CARISMAS EN LA VIDA DE LA IGLESIA.

Entre las riquezas de la vida sobrenatural que no son percepti-



Entre los muchos milagros con que Dios ha querido regalar a su Iglesia, por medio de sus miembros santos, aparece el de San Antonio de Padua, quien, disputando con un hereje que negaba la presencia real de Cristo en la Sagrada Eucaristía, hizo que la mula del hereje, a pesar de que había estado tres días sin alimento, dejara de comer por hincarse al pasar Jesús Sacramentado, lo que provocó la conversión de muchos herejes.

otorga a los sentidos, se encuentran los carismas, dones que Dios da a los miembros de la Iglesia, de quienes se sirve precisamente para ir construyendo esa misma Iglesia por la que va realizando su Plan de la Salvación a través de los siglos hasta que El venga.

LOS CARISMAS EN EL CUERPO MISTICO.

(Ef.4,11-16) En este pasaje se resume la doctrina paulina con respecto a la acción carismática: "El mismo dio a unos ser apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelizadores; a otros, pastores y maestros, para el recto ordenamiento de los santos en orden a las funciones del misterio, para edificación del Cuerpo de Cristo, hasta que lleguemos todos a la unidad de la fe y del conocimiento pleno del Hijo de Dios, al estado de hombre perfecto, a la madurez de la plenitud de Cristo, Para que no seamos ya niños, llevados a la deriva y zarandeados por cualquier viento de doctrina, a merced de la malicia humana y de la astucia que conduce engañosamente al error, antes bien, siendo sinceros en el amor, crezcamos en todo hasta que Aquél que es la Cabeza, Cristo, de quien todo el Cuerpo recibe trabazón y cohesión por medio de toda clase de junturas que llevan la nutrición según la actividad propia de cada una de las partes, realizando así el crecimiento del Cuerpo para su edificación en el amor." Este solo pasaje es toda una lección del aprovechamiento que debemos realizar de los múltiples dones que Dios otorga a cada uno. Si sabemos combinarlos actuando en "labor de equipo", conseguiremos entre todos resultados sorprendentes. Y fijémonos en que el Señor no ha querido dar su riqueza total a uno solo, sino parcialmente para que nos veamos obligados a acudir al esfuerzo común y nunca al apostolado individual donde necesariamente somos limitados y deficientes. El apostolado individual queda reservado a las circunstancias personales donde es imposible valerse de la ayuda de los hermanos.

Este aprovechamiento de los carismas debe obedecer naturalmente a planes organizados y a la dependencia de una jerarquía y la función de una autoridad. En la carta a los Colosenses (2,19) el Apóstol critica a quienes pretenden actuar en forma aislada, sin orden ni concierto "...sin mantenerse unido a la Cabeza, de la cual todo el Cuerpo, por medio de junturas y ligamentos, recibe nutrición y cohesión, para realizar su crecimiento en Dios."

Para nosotros la Cabeza, lo sabemos, es Cristo, quien realiza su jefatura a través de la jerarquía eclesiástica, y así nos llega descendente: de Cristo al Papa; de éste al Obispo; del Obispo al Vicario Episcopal; de éste al párroco; del párroco al capellán; de suerte que nosotros, colaborando con el párroco o capellán estamos unidos a Cristo nuestra Cabeza dentro de una delegación de la Autoridad Divina, que no vemos, pero creemos con toda



La figura de San Gregorio I, el Grande, adquirió gran relieve, no solo por su santidad de vida desde la juventud, su renuncia a la riqueza y honores de procedencia de familia noble, sino porque consiguió mediante oraciones y rogativas públicas que cesara la peste en Roma, ocurriendo entonces el milagro de verse un ángel que envainaba una espada sobre el castillo de Adriano, que desde entonces se llama Castillo de San Angelo en recuerdo del milagro que ahí ocurrió.

la firmeza de nuestra fe: estando a las órdenes del párroco estamos a las órdenes de Cristo; sometidos a la autoridad parroquial estamos sometidos a Cristo nuestra Cabeza. Solo las dolorosas rupturas dentro de la línea de la Autoridad nos obligarían a evadir al representante inmediato de ella para, en extrema situación, estar con el Papa, sucesor de Pedro, a quien fué conferida la inerrancia, la ausencia de error, hasta el fin de los tiempos: "¡Simón, Simón! Mira que Satanás ha solicitado el poder cribaros como trigo; pero Yo he rogado por tí, para que tu fe no desfallezca. Y tú, cuando hayas vuelto, confirma a tus hermanos." Es deber de nosotros orar porque estos extremos nunca sucedan y la crisis de la autoridad nunca acontezca. De este modo, el principio de autoridad en la Iglesia cabe dentro de lo que no se ve pero que ciertamente existe: esta autoridad no se sustenta sobre armas ni soldados como las autoridades terrenas, sino en la personal aceptación del cristiano que percibe a su Cabeza, Cristo, a la luz de la fe, en un hombre que a los ojos del mundo es como los demás.

De este modo, en las lecciones sucesivas, iremos descubriendo muchos otros valores de la vida sobrenatural, escondidos al increíble, pero ciertamente existentes.

Atentos a la acción del Divino Espíritu hemos de aceptar con humildad el Misterio de Dios: "...Misterio que en generaciones pasadas no fue dado a conocer a los hombres, como ha sido ahora revelado a sus santos apóstoles y profetas por el Espíritu: que los gentiles sois coherederos, miembros del mismo Cuerpo y partícipes de la misma Promesa en Cristo Jesús..." (1 f.3,5-6)"

RESUMIENDO:

Además de lo que podemos percibir por los sentidos existen otros valores que solo son perceptibles a la luz de la fe. Esos valores se encuentran dentro de lo que llamamos Misterio de Dios y son integrantes de la vida sobrenatural. Al revelarnos Dios su Misterio ha querido poner en nuestro conocimiento los valores espirituales para que sean auxiliares nuestros. Así considerados los llamamos "carismas". Los carismas son dones, gracia, regalo de Dios, quien los proporciona según le place y siempre en orden al beneficio común dentro de la Iglesia, Cuerpo Místico de Cristo. Dentro de esos mismos valores se encuentran los milagros, intervenciones divinas directas que pueden alterar o no las leyes naturales.

RESOLUCION: Concédeme, Señor, conocer tus Misterios y con humildad aceptarlos; poner tus carismas al servicio de la comunidad, ser dócil al principio de autoridad y esperar tus beneficios.

...to miran. Los curiosos letores que de ciudades y villas y
lugares que están pobladas en estas partes de españoles, que por ser tantos y no
saber yo los nombres de ellos, se quedarán en silencio, y tengan atención a los
obispos de México, y cómo hay tres Audiencias Reales, todo lo cual diré adelante, y así de los
arzobispos y obispos que ha habido, y miren las santas iglesias catedrales, y los monasterios donde hay frailes dominicos,
como franciscos y mercenarios y agustinos, y miren qué hay de hospitales, y los grandes perdones que tienen, y la
santa iglesia de Nuestra Señora de Guadalupe, que está en lo de Tepeaquilla, donde solía estar asentado el real de Gonzalo
de Sandoval cuando ganamos a Méjico, y miren los santos milagros que ha hecho y hace de cada día y démosle muchas
gracias a Dios y a su bendita madre Nuestra Señora, y loores por ello que nos dio gracia e ayuda que ganásemos estas
tierras donde hay tanta cristiandad. y también tengan cuenta como en Méjico ay un
reyno de Setetudin y se prenden gramaticas y ~~...~~ los ~~...~~

Fragmento del manuscrito original de Bernal Díaz del Castillo, soldado que desde el primer día tomó parte en la conquista de México a las órdenes de Hernán Cortés. En el capítulo CCX de su obra titulada "Historia verdadera de la conquista de la Nueva España" nos dice tal como aparece arriba: "...y demás desto miran los curiosos letores qué de ciudades, villas y lugares están pobladas en estas partes de españoles, que por ser tantos y no saber yo los nombres de ellos, se quedarán en silencio, y tengan atención a los obisposados que hay, que son diez, sin el arzobispo de la muy insigne ciudad de México, y cómo hay tres Audiencias Reales, todo lo cual diré adelante, y así de los que han gobernado como de los arzobispos y obispos que ha habido, y miren las santas iglesias catedrales, y los monasterios donde hay frailes dominicos, como franciscos y mercenarios y agustinos, y miren qué hay de hospitales, y los grandes perdones que tienen, y la santa iglesia de Nuestra Señora de Guadalupe, que está en lo de Tepeaquilla, donde solía estar asentado el real de Gonzalo de Sandoval cuando ganamos a Méjico, y miren los santos milagros que ha hecho y hace de cada día y démosle muchas gracias a Dios y a su bendita madre Nuestra Señora, y loores por ello que nos dio gracia e ayuda que ganásemos estas tierras donde hay tanta cristiandad.." Es un preciosísimo testimonio de hacia 1560 de la realidad del milagro guadalupano.



- Batalla de Lepanto, en que las naciones cristianas: España, Malta, Venecia y el Papado, vencieron con fuerzas muy inferiores a la poderosa armada turca mahometana que había decidido acabar para siempre con el Cristianismo. 131 naves con 91,500 cristianos, obtuvieron un milagroso triunfo sobre 277 navíos y 120,000 turcos, mientras todo el mundo católico oraba el santo rosario a María Santísima motivado por el Papa San Pío V, que supo del triunfo milagrosamente por anticipado.